

# I

## DE ESPAÑA AL MUNDO ENTERO

**A**L principio estaba España. ¡He ahí la causa de los problemas! Si el Opus Dei no hubiera nacido en este país, ello no habría atraído tempestades. Aparecer en el Madrid de los años treinta, sobrevivir a la espantosa Guerra Civil (1936-1939) y después tener que recorrer su camino por un nuevo paisaje que era el de la España franquista era una mala estrella para un movimiento religioso internacional, cuando sabemos lo que el mundo pensaba —y todavía piensa— del reinado del general Franco.

Cuanto más nos aleja el tiempo de estos acontecimientos, más se disuelven éstos en las brumas de la historia y menos nos imaginamos de qué modo millones de españoles han podido vivir cuatro decenios bajo la férula del Caudillo. A la muerte de Franco, acaecida el 20 de noviembre de 1975, España se encontraba en pleno *boom* económico: ya no tenía gran cosa que ver con el país arruinado, ensangrentado y lastimado que había escuchado la voz menuda del Generalísimo anunciar, el primero de abril de 1939: «La guerra ha terminado». En el lapso de estos cuarenta años una generación de españoles habrá tomado el relevo. El movimiento natural de la vida habrá metamorfoseado a la nación.

Ahora bien, el sorprendente crecimiento del Opus Dei —no sólo en España (donde sus miembros se contarán entonces por decenas de miles) sino en varios continentes— será uno de los síntomas de este cambio de época. Que el Opus haya podido ayudar a hacer cambiar la sociedad se nos antoja difícil de creer.

## 1. Una idea insólita... en una época imposible

Dos de octubre de 1928. En una habitación de la casa de los religiosos de San Vicente de Paul, edificio austero del centro de Madrid, un joven medita. Es sacerdote desde 1925. Se llama José María Escrivá, un hijo de la clase media española, entusiasta y de poca fortuna. «Tenía veintiséis años y no poseía más que la Gracia de Dios y el buen humor, nada más», nos contará más tarde. Son las primeras líneas, diríamos, de una novela de capa y espada.

Ese día, en ese lugar, tiene una inspiración: «ve» la tarea a la cual va a consagrar su existencia. Los fragmentos de la idea se aglutinan súbitamente en su mente. Es una idea simple, como todas las ideas fundadoras. Podemos tratar de resumirla de este modo: ningún aspecto de nuestra vida es secundario, todo puede devenir «divino». ¿Somos hijos de Dios? ¿Y Dios se ha hecho hombre? Entonces nuestras acciones en la vida corriente son un camino hacia Él: cada cual puede efectuar la unidad en su propia existencia, transformar su tarea cotidiana —incluidos los detalles minúsculos— en una aventura interior. Como esta tarea de todos los días es la trama de nuestra existencia, «santificar el trabajo habitual» es el medio de ofrecernos completos a Dios. A ello está llamado todo el mundo, ya que Cristo vino para salvar a todo el mundo. Pero pocas personas pueden responder aquí por sí solas. Es necesario, por tanto, que el individuo se apoye en una ayuda. José María Escrivá se siente iluminado por su descubrimiento: Dios —está absolutamente seguro— le pide que ayude a los cristianos a convertirse en santos, cualquiera que sea su posición social y su profesión. Éste será el objeto de toda su existencia en la Tierra, que va a durar aún cuarenta y siete años.<sup>2</sup>

### *La difícil idea de don José María*

La institución que esta idea va a engendrar no se parecerá a nada conocido. Hemos visto su lógica: si todos los laicos<sup>3</sup> son llamados a convertirse en santos sobre la Tierra, es necesario ayudarles. ¿En qué forma? Creando hogares de apoyo espiritual. Cada cual podrá comprometerse: hombre o mujer, casado o soltero, si está decidido a vivir su fe religiosa en sus actividades cotidianas... y a partir de ahí ayudar a los demás. La institución aportará una formación «espiritual, doctrinal, religiosa y humana apropiada» y cada uno hará lo que quiera de acuerdo con su oficio y su conciencia.

Los miembros de esta obra constituirán un fermento en la sociedad. Su trabajo profesional será el marco de su testimonio y cada cual hará su camino hacia Dios en la vida: los «camino divinos del mundo»... De aquí a treinta años Escrivá podrá decir que personas de toda clase y en todos los continentes han respondido a su llamado:

A los intelectuales y hombres de negocios, a los profesionales y artesanos, industriales y obreros, diplomáticos, comerciantes, gentes del campo, de las finanzas y de las letras; periodistas, hombres de teatro, del cine, del circo, de los deportes. Jóvenes y mayores. Saludables y enfermos. Una organización desorganizada, como la vida.<sup>4</sup>

¿Por qué dice «desorganizada»? Porque el principio de esta organización radica en no ser una orden, ni un partido, ni una liga. «La obra» no es centralista, afirmará Escrivá toda su vida. No tiene consignas que señalen a los miembros lo que tienen que hacer. Cada uno de éstos «es libre», está unido a los otros por «un espíritu y un deseo común de santidad y apostolado».<sup>5</sup>

Así fue la teoría que surgió del cerebro de José María Escrivá en 1928. ¿Es que tal organización no existe en la iglesia católica? Será necesario crearla y hacerla aceptar. En 1928 en Madrid, en el marco del paisaje del catolicismo español de aquel tiempo, la idea del joven abad Escrivá tiene algo de revolucionaria.

No adivina los problemas enormes (y las situaciones escabrosas) en los cuales va a evolucionar durante decenios. ¿No tiene ninguna vacilación y no la tendrá jamás! Está visceralmente seguro de haber recibido la misión de hacer lo que va a hacer. Exactamente como Teresa de Ávila cuando anota: «Nuestro Señor me dice de ir a fundar...».<sup>6</sup>

El joven permanece primero como fundador sin fundación. Más tarde encuentra a sus primeros oyentes: un puñado de estudiantes. Desconcertados, escuchan cómo describe un porvenir «fabuloso». Unos se entusiasman; otros se preguntan si el padre aragonés no les cuenta «historias fantásticas».<sup>7</sup> En 1930 el primero de ellos se compromete en el proyecto. Se llama Isidoro Zorzano.

En cuanto al nombre del proyecto, sobreviene casi por casualidad. El confesor de Escrivá —que está al corriente— le pregunta: «¿Y cómo va esa obra de Dios?». «¿Obra de Dios?» ¡*Opus Dei!* ¡Se ha encontrado el nombre! Escrivá ve una señal en el hecho de que este nombre no haya venido de su propia imaginación.

En 1933 nacerá la primera institución de la «obra» —en el lenguaje del Opus se dirá «iniciativa apostólica»—. Es un pequeño centro para estudiantes en un apartamento de Madrid. No tenía un duro para financiarlo y José María pidió a su madre que vendiera la única propiedad familiar.

Desde los comienzos Escrivá está seguro de trabajar para el universo entero: no solamente para los madrileños ni para los españoles. «No somos una organización nacida de las circunstancias... No venimos a responder a una necesidad particular... El Señor quiere que su obra sea, desde los inicios, radicalmente universal», dirá a partir de 1931 en una nota interna.

En otros lugares diferentes de España, otros fundadores católicos siguen caminos paralelos al suyo. El Opus Dei era, en cierta manera, una de las vías de una búsqueda espiritual inédita. Los cristianos de la vieja Europa vivían en una desazón: la mayoría de sus países se había ahogado en la sangre de la primera guerra mundial —y esta «masacre absurda»<sup>8</sup> daba mala conciencia a los creyentes que se preguntaban si la carnicería no habría sido (también) un fallo de la vieja religiosidad del siglo XIX—. ¿Es que no era necesario inventar nuevos crisoles de fe, nuevas aventuras católicas, audaces, capaces de responder a los interrogantes de los tiempos modernos, es decir, a las angustias y perplejidades de cada *individuo* en lugar de dar vueltas en el callejón sin salida de la preguerra: la nostalgia «política» de un pasado en el que la Iglesia dominaba a la sociedad?

En 1936 aparece en Francia un fenómeno casi subterráneo en los comienzos: el movimiento de los «Hogares de Caridad», nacido en Châteauneuf-de-Galaure, alrededor de la mística de Marthe Robin, que va a ejercer una influencia considerable.

En 1938, en Suiza, veinticinco nuevas asociaciones se reunieron bajo la égida de Pío XI para pedir que la Iglesia pusiera en pie «formas nuevas de vida cristiana». Cuatro años más tarde, en Italia, Chiara Lubich fundaría «la Obra de María», que llamarían también «los Hogares». Éste devendrá el movimiento de los *focolari*. Entre todo esto y el Opus Dei español existe un cierto parentesco. Todas estas corrientes son renovadoras.

—Rompen las barreras entre la vida «religiosa» y la vida cotidiana.

—Asocian a los sacerdotes con los laicos, a los casados con los célibes, a los hombres con las mujeres en el seno de una misma «obra».

—Una parte de los célibes que se comprometen en estos movimien-

tos desean «practicar los tres consejos:<sup>9</sup> castidad, obediencia y pobreza sin abandonar su trabajo ni imponerse una estricta vida común.<sup>10</sup>

El historiador Etienne Fouilloux subraya la importancia de estos movimientos nuevos: «El éxito de la fórmula, que constituye con toda seguridad una de las invenciones intelectuales mayores del siglo xx, no se hace esperar: doscientas cuarenta solicitudes de aprobación a comienzos de los años sesenta, cincuenta y ocho aceptaciones, de las cuales dieciséis de derecho pontificio y ocho definitivamente.»<sup>11</sup>

### *El drama español: acto I, una «república estropeada»*

Volvamos a España. Ésta se mantuvo fuera de la guerra de 1914-1918 pero va a sumergirse, a partir de 1930, en una crisis nacional en la cual la iglesia católica va a convertirse en la protagonista por complejas razones que serán atrocemente simplificadas por la división del pueblo en dos campos, y por la Guerra Civil.

Los jóvenes españoles del siglo xxi —y los franceses por mayor razón— difícilmente pueden imaginar lo que podía ser la España de 1928. Un país desgarrado: crisis económica, fracaso del desarrollo industrial, crecimiento del desempleo, cólera obrera, reforma agraria inexistente, separatismos regionales, debilidad del sistema parlamentario, extremismos políticos... En agosto de 1917 el país se ve sacudido por una huelga general insurreccional. De 1923 a 1930 el rey Alfonso XIII entrega plenos poderes al general Miguel Primo de Rivera; no será esto una *dictadura* sino una *dictablanda*, se mofan en Madrid. El general trata de reconducir la economía, esquivando la cuestión agraria y la crisis de 1929 acaba por echarle. La peseta se hunde. Al Rey le va a pasar lo mismo. En 1931 Alfonso XIII —gran señor, nada malo como persona, pero nulo en política— aprovecha el pretexto de una victoria de la izquierda en las elecciones municipales... y abandona el país sin siquiera firmar un papel de abdicación. Al ausentarse el Rey, la República es proclamada el 14 de abril.

Serán cinco años de caos: una carrera hacia la catástrofe. El país y sus dirigentes (de todas las tendencias) van a lanzarse al abismo para salir de sus contradicciones. Así, el historiador Bartolomé Bennassar nos explica:

La Segunda República estuvo muy lejos de marcar una pausa en los conflictos que desolaban al país. Llevaban a la vez una lucha de clases exacerbada y una guerra de religión y se veían complicados por

las reivindicaciones de las identidades nacionales específicas y la influencia de ideologías importadas. Se olvida demasiado que el país permanecía partido, que el régimen no consiguió instaurar ni el orden constitucional ni el orden público, y no nos preguntamos lo suficiente por qué tantos jóvenes dotados, que de ningún modo eran fascistas, se enrolaron en el ejército «nacional». Estos años de 1931 a 1936 fueron el prefacio de uno de los más grandes dramas del siglo XX.<sup>12</sup>

En 1931 la república española parece comenzar bien: el Ejército permanece en los cuarteles, los obispos recomiendan la lealtad para con el nuevo régimen, las altas finanzas y los patronos apoyan a los liberales y a los radicales (anticlericales). Se organizan elecciones.

Pero sólo tres semanas después de la proclamación de la república, algunos se ponen a incendiar iglesias y conventos en Madrid, Valencia, Alicante, Murcia, Sevilla, Málaga y Cádiz. Se mata a sacerdotes en las calles. La hostilidad hacia la Iglesia se instala de arriba abajo de la sociedad como si se tratara de una prioridad oficial y de una operación decisiva.

¿Por qué este furor, no solamente anticlerical sino antirreligioso? La respuesta no es simple. Está la versión de la izquierda española:

Esta iglesia era demasiado rica, demasiado vinculada a los grandes propietarios del sur y a los industriales del norte; sus empresas comerciales no pagaban impuestos más que desde 1910.

La clase obrera identificaba al clero con la opresión y pedía venganza:

*¡Trabajador, no más sufrir  
La explotación ha de sucumbir!*<sup>13</sup>

También tenemos la versión de la derecha española: «El odio anticatólico quería borrar la hispanidad...». También están las hipótesis de los historiadores. La España de los años treinta se parece a la de Francia de 1789: una parte del país intenta salir de un antiguo régimen social y acusa a la iglesia española de ser uno de los pilares, lo cual no es falso. Pero este movimiento se acompaña con una dosis de odio anormal. Toda una pléyade de periodistas presenta al clero como un subhombre al que hay que destruir. La nocividad de la Iglesia es proclamada como una evidencia. Se movilizan los fantasmas. Así, en julio de 1935, en el periódico socialista gallego *El Obrero* se dice:

Es necesario que el pueblo no olvide jamás los crímenes, los cientos de miles de seres humanos inmolados en nombre de esta religión. Es indispensable que se alimente constantemente el fuego sagrado del odio hacia estos acaparadores de fortuna; que se sepa que los seminarios son verdaderos antros de corrupción donde la virilidad se atrofia y degenera en aberraciones absurdas y repugnantes donde el humillante vicio de Onán encuentra su más alta representación.<sup>14</sup>

Y en agosto de 1936, en el periódico asturiano *La Prensa*, órgano de la CNT (confederación sindical anarquista):

La iglesia católica, instrumento económico del clericalismo salvaje, casa de putas donde se fabrican canallas en serie, donde se santifican matrimonios que son herejías, templo de la sodomía y del safismo.<sup>15</sup>

Desde 1931 los líderes de la izquierda parlamentaria española han presentado a la república como una ruptura con una mitad de España: la que cree en la religión. Al inaugurar el nuevo parlamento, el ministro Manuel Azaña declara: «España ha dejado de ser católica». De golpe, ochenta y nueve diputados católicos, entre los cuales el filósofo Miguel de Unamuno, no asistirán más a las sesiones.

En 1932 el gobierno prohíbe los votos religiosos —la única obediencia admitida será hacia el Estado—. Así prohíbe toda actividad económica o escolar a las instituciones católicas y nacionaliza los bienes de la Iglesia. Los obispos españoles protestan. El Papa protesta. Todo en vano. Este anticlericalismo oficial no es solamente una convicción; es una estrategia que apunta a empujar hasta el final «a la otra España». El Partido Socialista, en efecto, ha resbalado hacia el leninismo... Su jefe, Largo Caballero, proclama que «el proletariado se carga de poder» y no va a tardar mucho en hacerse llamar «el Lenin español» y a predicar la revolución violenta.

¿Cómo alcanzar esta revolución? Exacerbando las contradicciones entre las dos mitades del país en lugar de intentar calmarlas. Es esto lo que vamos a ver ahora de forma manifiesta. Los conflictos sociales y los levantamientos regionalistas se inflaman. Como contragolpe, la derecha y el centro derrotan a la izquierda en las elecciones de 1933. Pero en 1934, cuando la derecha de Gil Robles (primer partido en el número de diputados elegidos) obtiene del primer ministro centrista —tras un año de espera— tres carteras en el Gobierno, la izquierda estalla en cólera y

opone su veto. Grita fascismo. «La idea de que en un estado de derecho el partido más importante del Parlamento pueda reivindicar una participación en el Gobierno es rechazada por la extrema izquierda y la izquierda»,<sup>16</sup> constata Bartolomé Bennassar.

En octubre de 1934 los socialistas lanzan a los mineros asturianos a una insurrección armada. ¡La izquierda parlamentaria desafía los procedimientos constitucionales jugando la carta de las milicias! Como reacción, la España de derechas y de centro, es decir, la otra mitad del país, se convence de que la única salida es una contrarrevolución violenta: va a adscribirse a esta idea de guerra civil con la misma pasión que los «rojos».

Según el siniestro chiste de entonces, «el público de las corridas y el del fútbol van a saltarse mutuamente a la garganta». Es seguro por qué apostaban los jefes de los dos campos, salvo raras excepciones.

Ante la insurrección de Asturias, el gobierno moderado proclama el estado de guerra y llama a un general para restablecer el orden. Se llama Francisco Franco. Llega con sus tropas de choque, los legionarios y los *tabors* marroquíes (*los moros*, les llaman en España). Catorce días de combates, mil quinientos muertos, quince mil arrestos. En cierta forma es una repetición, en 1934, del levantamiento militar de 1936: Franco y el ejército de Marruecos, pero llamados en su auxilio por un gobierno republicano que se defiende de... la izquierda republicana.

\*

En este clima revolucionario, José María Escrivá y su puñado de amigos han comenzado a poner en pie el Opus Dei. En diciembre de 1933, en Madrid, han abierto su primer centro. Es una «academia» para estudiantes, un hogar pluridisciplinario como muchos con los que cuenta ya la iglesia española. Ésta debuta muy modestamente y se titula DYA, Derecho y Arquitectura. Escrivá señala que DYA puede también leerse como *Dios y Audacia*. En efecto, es necesaria audacia para fundar actividades religiosas en Madrid según los tiempos que corren. El apoyo del obispo no ofrece ninguna seguridad, más bien lo contrario. Escrivá y sus amigos aseguran no solamente la formación cristiana de los estudiantes de DYA sino también ayuda a los pobres y a los enfermos en los suburbios de Madrid, lo cual les expone a ser agredidos en las calles por grupos de militantes anarquistas o socialistas que acosan al «curita».

En otoño de 1934 DYA se muda y se agranda hasta devenir residencia universitaria. Escrivá y su grupo empapan las paredes, instalan una capilla y salas de estudio. Mientras tanto, el cañón retumba en Asturias. José María Escrivá no hace política. Lo espiritual le ocupa por entero. No piensa más que en hacer nacer su obra. Con un optimismo notable escribe: «Veo la necesidad, la urgencia, de abrir casas fuera de Madrid y de España...». Esta nota es del 15 de febrero de 1936.

\*

Al día siguiente, las elecciones legislativas dan la mayoría a la coalición del Frente Popular. El objetivo de los socialistas «leninistas» de Largo Caballero es —lo dirán ellos mismos—<sup>17</sup> hacer la política de lo peor. Su cálculo consiste en colocar en su lugar a un primer equipo de gobernantes «incapaces de frenar a las masas y de calmar a la derecha». Así, la situación evolucionará «a grandes pasos hacia un gobierno francamente revolucionario». Es una estrategia que está inspirada en Petrogrado 1917 y que conduce a una guerra civil para desbloquear la situación.

Al no estar «frenadas», las «masas» o más exactamente, las milicias de los partidos producen los resultados esperados. Sus violencias antirreligiosas van a traumatizar a la opinión pública. Entre el 16 de febrero y el 16 de junio de 1936 habrá 269 asesinatos, 1.287 heridos, 160 iglesias destruidas, 251 iglesias imposibles de usar, 146 atentados con bomba... Se puede decir sin exageración que la Guerra Civil era deseada por las dos Españas: «dos bloques irreconciliables y de parecido volumen»,<sup>18</sup> según el historiador de izquierdas Antonio Ramos-Oliveira. «República estropeada, muerte en los limbos»<sup>19</sup> concluye el historiador Guy Hermet.

Bartolomé Bennassar, en la biografía severa y precisa que consagró a Franco, no disimula los errores de ambos campos:

El levantamiento militar del 18 de julio de 1936 [...] no puede ser presentado sin hipocresía como un golpe mortal asestado por sorpresa a una república feliz. Se puede pretender, por el contrario, que la historia de la II República española es la de una situación insurreccional casi permanente [...]. Estos cinco años están jalonados por crisis de todo género: tentativas de golpe de estado, atentados, incendios de iglesias, intervenciones sangrientas de la Guardia Civil, huelgas revolucionarias, movimientos de inspiración separatista, conspiraciones...

En verdad, la II República prolongaba el enfrentamiento de las dos Españas, ya dos veces secular, en la que cada una quería suprimir a la otra y cuyas fuerzas respectivas se equilibraban aproximadamente.

### *El drama español: acto II, la gran matanza*

El «levantamiento nacional» (dicen los generales rebeldes) o la «rebelión» (dicen los gubernamentales) comienza el 18 de julio de 1936. Si los rebeldes contaban con hacerse con el país rápidamente, eso fracasó: después de los primeros días, España, cortada en dos mitades moralmente, lo es también geográficamente. Con 93.000 hombres como tropas regulares y una treintena de miles de milicianos de derechas, los insurgentes no controlan, al terminar un mes de contienda, más que el 47,2% del territorio y el 41% de la población. El Gobierno mantiene el control sobre la industria, los medios de transporte, sobre el setenta por ciento de la flota mercante y sobre los stocks de oro del Banco de España. Más de la mitad del Ejército (116.501 hombres) y la mayor parte de los oficiales superiores son fieles a la república. Detenta además el sesenta por ciento de la aviación. A esto se añaden los sesenta mil miembros de las milicias armadas (socialistas, anarquistas, comunistas y trotskistas) que van a batirse con entusiasmo.

La guerra será, por lo tanto, larga. Tan larga que Franco, integrado tarde al levantamiento pero pronto convertido en su jefe, no parece tener prisa en ganarla. Le es necesario tiempo para asentar su poder y para «limpiar» sus retaguardias. Los pelotones de ejecución franquista van a fusilar mucho, es un hecho notorio, lo cual será denunciado enseguida en Europa y en Estados Unidos. Cincuenta años después se harán todavía películas, como la extraña y terrible *Fiesta*.<sup>20</sup> Se conoce la confesión de Franco al teniente general Emilio Faldella, jefe de estado mayor de los voluntarios italianos en España:

En una guerra civil, una ocupación sistemática del territorio, acompañada de la limpieza necesaria, es preferible a una derrota rápida de los ejércitos enemigos, lo cual dejaría al país infestado de adversarios.

En las retaguardias del frente republicano las milicias de izquierdas fusilan lo mismo, incluso más. Es por la misma razón: cada una de las dos Españas intenta suprimir a la otra. A partir del momento en que el

país constata que el conflicto va a durar, las poblaciones de los dos campos se enzarzan en la lucha armada. Esto será verdaderamente la guerra de una nación contra sí misma y no la agresión de un pueblo apacible por un grupo de militares de carrera.

Desde fines de julio cada parte no pensará en otra cosa que en la eliminación física del adversario, sin consideración de ninguna clase, con la ayuda de rituales simbólicos que la acosaban más allá de la muerte y de un vocabulario de desprecio y de odio.<sup>21</sup>

De 1936 a 1939, en la zona gubernamental, constata Madariaga, «el simple hecho de ser un sacerdote es suficiente para que merezca la pena de muerte»: 6.845 religiosos, monjas, obispos, curas y vicarios terminarán en fosas comunes o en terrenos baldíos.<sup>22</sup> En 1937 el cardenal alemán Faulhaber, jefe de fila de la resistencia católica al nazismo, denunciará los «crímenes inhumanos» que se cometen en España.

Los católicos españoles, incluidos los más liberales, no tienen otra opción que la de volverse hacia el campo de los rebeldes; el Frente Popular literalmente les obliga. Su única elección es la huida o las catacumbas. José María Escrivá y sus compañeros, cogidos en la trampa dentro de Madrid, van a vivir este drama como una serie de puertas cerradas. Jamás han hecho política, pero hacen apostolado y José María es sacerdote, por tanto, están fuera de la ley. Los edificios de la Iglesia han sido nacionalizados y las iglesias cerradas por decreto. Las actividades religiosas están prohibidas. En cualquier momento estos jóvenes pueden ser detenidos por los milicianos y llevados al «paseo», es decir, a la ejecución sumaria.

Ser católico o propietario de un negocio, vestirse bien, llevar un sombrero puesto, se convierten de pronto en una razón para morir. Ya nadie se podía sentir seguro, ni tan siquiera los universitarios pacíficos de la residencia de estudiantes.<sup>23</sup>

Para los estudiantes y los animadores de esta otra residencia —católica— que era la DYA, la prudencia exigía pasar a la clandestinidad. Escrivá va entonces a conocer semanas de enclaustramiento en apartamentos de amigos, constantemente amenazados por pesquisas. En un pequeño *sanatorio psiquiátrico*, clínica dirigida por un médico que conocía a su familia, en el consulado de Honduras, donde se apiñan los clandestinos. Después, en un nuevo apartamento, donde Escrivá vuelve a

realizar una actividad religiosa secreta en Madrid —vestido de azul mecánico, el famoso «mono» de los milicianos de izquierdas, inmortalizado por Malraux en *La Esperanza*—. El 19 de noviembre de 1937, finalmente, el padre abandona la ciudad. Resuelve abandonar la zona republicana por la zona «nacional». Es a regañadientes que se decide, pero la clandestinidad estorbaba demasiado a su acción.

Así, el dos de diciembre, después de haber atravesado la nieve de los Pirineos en una caravana de clandestinos que evitaban las patrullas, el padre y cinco compañeros llegan a Andorra. El once Escrivá está en Lourdes y el diecisiete en Pamplona; de vuelta a España pero al otro lado del frente... En marzo, con tres de sus amigos, se instala en Burgos, convertida en capital de la España «nacional». Desde allí Escrivá podrá restablecer contacto con sus estudiantes, dispersados a los cuatro vientos por la guerra. Reemprende el trabajo, que es espiritual y para nada político, a pesar de la inmensa presión de la época. Es un hecho y no se puede evitar constatarlo: el Opus Dei *sufre* la guerra civil, no la *celebra*, contrariamente a lo que hacen algunos prelados que se dejarán fotografiar subidos al atrio de la catedral de Burgos, el brazo suavemente levantado para hacer un saludo franquista.

Ya en el consulado de Honduras en Madrid, cuando los refugiados aclamaban las victorias «nacionales» que oían por la radio, estaban desconcertados por el silencio de Escrivá. Los comunicados de guerra no le arrancaban más que comentarios consternados pensando en las víctimas. En el tren de Utrera-Salamanca, en abril de 1938, José María Escrivá viaja en el mismo compartimento con un oficial enloquecido por la venganza porque le han quemado su casa y matado a varios miembros de su familia. El padre contará como intentó este día apaciguar a este hombre: «Le dije que había sufrido, igual que él, en los míos y en mis bienes, pero que deseo que los “rojos” sigan vivos y se conviertan». Palabras de cura: el oficial no las soporta [...]. «Entonces me recojo como puedo e invoco a todos los ángeles guardianes», dice Escrivá.

### *«Flotaba en el aire una nube de rencor»*

En mayo de 1939 José María Escrivá y sus compañeros de trabajo están de vuelta en Madrid. La guerra «ha terminado», ha declarado Franco. Sería bello si fuera cierto, pero el franquismo, que ha matado un poco

menos de civiles que las milicias de izquierdas durante la guerra, va a continuar matando durante años, aunque la guerra había terminado.

De 1936 a 1939, constata Bartolomé Bennassar:

La violencia asesina de la revolución ha igualado a la de la reacción, lo cual es de hecho lógico ya que, hasta fines de 1936, la España del Frente Popular era la más poblada. Después de 1939 Franco y sus partidarios han realizado la prueba, prolongada en el tiempo, de su incapacidad para poner en práctica una política de reconciliación nacional, escarneciendo el cristianismo del cual se valían.<sup>24</sup>

En abril de 1939 el cardenal Isidoro Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España, quería ver aún en Franco «el instrumento de planes providenciales de Dios sobre la patria», pero cuatro meses más tarde, al estruendo incesante de las salvas de los pelotones de fusilamiento, el mismo cardenal publica una carta pastoral (titulada *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*) para pedir el perdón y la reconciliación. Franco replica prohibiendo fríamente la difusión de esta carta. El «instrumento del plan de Dios» hace callar a la Iglesia. ¿Cuántos españoles van a ser fusilados por el Caudillo durante los años que seguirán a su victoria? Cerca de treinta mil, según los trabajos del meticuloso Ramón Salas Larrazábal.<sup>25</sup> «Un veinte o un treinta por ciento más», rectifica Bennassar.

La España franquista se proclama católica, pero se edifica sobre la negación de la misericordia. «El fin de la guerra no conduce a un desenlace pacífico de viejos odios. En el aire flotaba una nube de resentimiento y un deseo exacerbado de venganza»,<sup>26</sup> escribirá un miembro del Opus Dei.

No obstante, el tiempo tendrá la última palabra. El franquismo va a durar treinta y seis años. La comunidad internacional va a reconocer al régimen de Franco y es en el marco de este régimen —por la fuerza de las cosas— donde la sociedad civil española deberá forjarse un camino hacia el futuro.

## 2. Nacer en Madrid

Despavorida, España sale de sus ruinas. Ahora pertenece a Francisco Franco. José María Escrivá recomienza el proyecto que la Guerra Civil había interrumpido.

«Ve» al Opus Dei como una acción mundial y es raro que tal ambi-

ción haya comenzado con tan pocos medios. Pero para un fundador católico la puerta del mundo es Roma. Por lo tanto, a Escrivá y a su (pequeño) estado mayor se le va a plantear un problema de «geopolítica religiosa»: evitar que la imagen de su empresa se vea empañada, a los ojos de Roma, por las singularidades de la España de Franco. Sin embargo, esta neblina existe. Sus ondas van incluso a propagarse a través del espacio y de los decenios hasta alcanzar el siglo XXI, como veremos más adelante.

### *El extraño catolicismo del general Franco*

¿Qué es el régimen franquista, que somete a España en este año de 1939? Un edificio curioso donde el «soberano», hombre sin perdón, se impregna también de catolicismo. Franco —sus camaradas generales no osan ya llamarle *Franquito*— se proclama «Caudillo de España por la gracia de Dios». *Caudillo* es un viejo término que quiere decir «jefe»<sup>27</sup> y «por la gracia de Dios» un regalo del obispo de Salamanca. Este prelado calificó de «cruzada» el levantamiento militar en septiembre de 1936. Hasta entonces los generales no habían invocado la religión, pero a partir de la carta del obispo, Franco se concedió una legitimidad celestial. El régimen que se instala en Madrid en 1939 es, por tanto, una especie de monarquía de derecho divino, como ya no existe en Europa hace tiempo.

Francisco Franco cree en Dios, a su manera. Quiere también que Dios le sea útil. En un país donde más de la mitad de la población permanece vinculada a cierta visión católica de las cosas, estar ahí «por la gracia de Dios» ayuda a guardar la mano. Para Franco, como para los ideólogos de Falange,<sup>28</sup> el catolicismo es un componente de la «identidad nacional española». Durante los años cuarenta el régimen va a multiplicar las manifestaciones político-religiosas. Inauguraciones solemnes de lugares de culto, discursos de los ministros exaltando «la España de Teresa de Ávila», cortejos que mezclan el crucifijo a las banderas de Falange (con el yugo y las flechas de los Reyes Católicos), sotanas y camisas azules, signos de la cruz y brazos levantados: esta utilización de lo religioso por lo político —los historiadores los denominarán «nacional-catolicismo»— irrita al cardenal catalán Vidal i Barraquer, exiliado en Italia, el cual explica así la situación al Papa Pío XII:

Es deplorable ver como los obispos se prestan a hacer una religión patriótica basada en misas campestres y *Te Deum* [...]. Los peregrinajes al Pilar, tan de moda, más que a formar al pueblo en la verdadera piedad, tienden a crear una imagen de hispanismo.

En cuanto a la religión personal del «Caudillo por la gracia de Dios», sigue siendo enigmática. Una anécdota nos da la medida. La costumbre exige que cada año el obispo de Madrid designe a un padre de la diócesis para predicar el retiro de la Semana Santa al jefe del Estado y a su mujer. En 1946 monseñor Eijo y Garay designará a Escrivá. He aquí entonces al fundador del Opus Dei ante Franco, con el que se reunirá sólo tres veces en su vida. Este año será, lo veremos, la época de mayor tensión en España desde 1939. Francia cierra la frontera de los Pirineos, la ONU recomienda que los embajadores abandonen Madrid... De cara al mundo exterior el Régimen quiere que el pueblo cierre filas alrededor del Caudillo. Es necesario dirigirle sólo alabanzas si no se quiere dar la impresión de «desmoralizar a la nación». Escrivá no se manifiesta. Durante la tercera prédica le plantea al dictador una pregunta acerca de su salvación eterna: «¿Ha pensado usted alguna vez, Excelencia, que puede morir en cualquier momento?»

Franco le responde lacónicamente que sí, que ha pensado en su sucesión.

¿Es que no ha comprendido la pregunta del predicador? ¿O simula? Escrivá, perplejo, contará la escena a monseñor Eijo y éste, sacudiendo la cabeza, le dirá: «Usted nunca hará carrera».

### *Escrivá no levanta el brazo*

En 1939 la confusión es grande en la iglesia española. ¿Cómo negar la ayuda al nuevo poder? Pero ¿cómo no ver que esta ayuda es manipuladora y que su ideólogo desnaturaliza la fe cristiana? Desde el mes de mayo la conferencia de obispos metropolitanos se reúne en Toledo y se pregunta cosas. Siente algo malsano en la relación de fuerzas que se instala en el país. Los obispos temen que la Falange se haga con el Estado y se convierta en un poder totalitario, a imagen de lo que se hace en otras partes de Europa. A la Iglesia no le gusta la idea de los falangistas. Su joven líder, José Antonio Primo de Rivera, fusilado en 1936 en Alicante,

se decía católico «en tanto que español»: eso apenas era teológico. Sus sucesores van más lejos: sueñan con ser émulos de Mussolini. Ahora bien, conocemos la frase del *Duce*: «Tomo al ciudadano al nacer y me lo quedo hasta su muerte, momento en que se lo entrego al Papa». Otros falangistas echan el ojo del lado del hitlerismo, condenado, no obstante, desde marzo de 1937 por una encíclica de Pío XI.<sup>29</sup>

En cuanto a Escrivá, le es extraño el espíritu del Régimen. No dejará de repetirlo:

¡Nadie puede reducir la fe a una ideología terrenal; nadie se puede creer investido del poder de descalificar a aquellos que no piensan como él en asuntos que los cristianos pueden resolver de diferentes maneras!

La función del Opus Dei, subraya Escrivá, es espiritual: se trata, por tanto, de acoger a las *personas* en el respeto a sus diferencias (en política, en cultura,<sup>30</sup> etcétera). Lo espiritual aportará una iluminación a estas diferencias individuales, si bien éstas subsistirán. Unidad de fe religiosa, diversidad para el resto. Se diría que es una utopía, pero Escrivá cree en ello verdaderamente. No está ahí para decir a «sus hijos» qué hacer en la sociedad, sino para decirles cómo sacar espiritualmente partido de sus opciones individuales.

El Opus escapará por naturaleza, en España o fuera, a las movilizaciones políticas. Que sus miembros estén en pro de la oposición clandestina o en pro del Gobierno, o incluso... en el Gobierno, son ellos solos los que deciden.<sup>31</sup> Escrivá tratará siempre de evitar lo que considera como una vía sin salida: un «partido de católicos» y, por mayor razón, un partido único.

Ahora bien, España se encuentra bajo un régimen de partido único. Se llama *Movimiento Nacional*. Su ideología es el culto al nacionalismo. La Falange exalta (exclusivamente) una visión «española» de la vida y proclama: «queremos ser más españoles de lo que nunca hemos sido». Una declaración marcial que no quiere decir gran cosa y que sólo alcanza a transformar el país en un campo parapetado. Esta actitud es extraña a Escrivá. Para él el católico no puede ser más que universalista. Lo dice desde 1939 en su obra *Camino*, selección de máximas espirituales:

¡Cuántas glorias francesas son también las mías! ¡Lo mismo que muchos motivos de orgullo de alemanes, italianos, ingleses, americanos,

asiáticos o africanos son también mis orgullos! ¡Católico: gran corazón, espíritu abierto!

Este aviso parece banal hoy en día, en la era de un planeta globalizado, pero en 1939, en una España donde los Camisas Azules desfilan cantando *Por el peñón de Gibraltar* (himno belicoso contra Inglaterra), las ideas de *Camino* resuenan como planteamientos de objetor de conciencia.<sup>32</sup> Por otro lado, José María Escrivá es uno de los raros madrileños que percibe la verdadera naturaleza del hitlerismo. «Era muy difícil en esa época encontrar en España personas capaces de denunciar con tal claridad las raíces anticristianas de la ideología nazi», testimoniará Domingo Díaz-Ambrona quien, al volver de una estancia en Alemania en 1941, encuentra a Escrivá en el tren Ávila-Madrid.<sup>33</sup> Este año el Eje entra en guerra contra la URSS y una ola de entusiasmo levanta a una parte de la juventud estudiantil española: el odio a Stalin —sentido hace tiempo desde la Guerra Civil y los horrores cometidos por las «checas»<sup>34</sup> de Madrid— impide a estos jóvenes ver lo que es en realidad el nazismo. Una desazón se expande entonces por las universidades:

Algunos no comprendían por qué los miembros del Opus Dei se negaban a apoyar colectivamente las consignas y las órdenes provenientes del sector falangista entonces en el poder.<sup>35</sup>

Es la época en que todo español se considera que está obligado a saludar levantando el brazo como los nacionalsocialistas alemanes. Algunos sacerdotes lo aceptan. Escrivá se niega aquí en cualquier circunstancia, incluso en las ceremonias oficiales, durante el himno nacional, mientras que la muchedumbre hace el nuevo saludo. Veremos (en el capítulo 2) los peligros a los que el Opus Dei se expone debido a esta diferencia entre éste y el nacionalcatolicismo. Lo que hay que captar, por el momento, es que ahí habrá, a los ojos de Escrivá, una razón suplementaria para mirar hacia el Vaticano.

### *España descubre el Opus Dei*

José María Escrivá piensa «mundialmente» con el aplomo de aquellos que no dudan de nada. Su visión del catolicismo es la de *Calzado de satén* de Claudel: universal, oceánico, planetario, englobando los contra-

rios y las diversidades. «Amo la mar y a los vivos», decía Claudel para burlarse de la fórmula de Barrès: «la tierra y los muertos». Escrivá podría decir la misma cosa si fuera marinero.

Pero en estos años cuarenta el Opus Dei no existe más que en la España de Franco, y eso apenas: algunas residencias de estudiantes, el centro madrileño de la calle Diego de León... Los miembros de La Obra son algunas decenas de chicos; llegan las primeras chicas, ellas también poco numerosas. Escrivá y sus compañeros atraviesan España en trenes nocturnos o apretados en coches por carreteras aún plagadas de agujeros de obuses para correr de ciudad en ciudad a encontrarse con futuros amigos en los cafés, hoteles o jardines públicos.

En marzo de 1941 el obispo de Madrid, monseñor Eijo y Garay, firma la aprobación canónica del Opus Dei. Es un apoyo oficial aportado por la diócesis de la capital, dicho de otro modo, un escudo contra los ataques políticos.<sup>36</sup> Por esto, el Gobierno —que se irroga el derecho real de nombrar a los obispos— elimina a monseñor Eijo de la lista de candidatos posibles al arzobispado de Toledo, sede del primado de España.

En julio de 1942 el Opus abre en Madrid un centro para jovencitas. Más tarde, un centro para chicos en Barcelona, en mayo de 1943. En julio de 1943 es la primera gran residencia universitaria del Opus Dei en Madrid, en la avenida de la Moncloa. En octubre el Opus se establece en Sevilla...

En febrero de 1943 José María Escrivá completa la estructura de la Obra mediante una innovación: los sacerdotes serán escogidos por los laicos del Opus para estar a su servicio, de lo cual surge un nuevo problema. ¿Cómo hacer para que estos sacerdotes no estén separados jurídicamente de los laicos de la Obra? ¿Y qué pensará Roma de esta nueva idea que no va a evitar producir ciertas inquietudes entre el clero clásico?

El 25 de mayo de 1943, Álvaro del Portillo, él mismo ex laico del Opus —ordenado sacerdote en 1944 por el arzobispo de Madrid— desembarca en el Vaticano. El 11 de octubre la Santa Sede da su acuerdo para la creación de la «sociedad sacerdotal de la Santa Cruz». La estructura del Opus Dei aparece ahora al completo: es un movimiento de laicos dotado de sus propios sacerdotes. Pero ahora la organización está en precario. Sus laicos, que son el elemento esencial del Opus Dei, no tienen un verdadero estatuto en la Iglesia, mientras que sus sacerdotes sí tienen uno, aunque no son más que una pequeña parte del conjunto. Por esta razón el Opus Dei se encuentra desequilibrado, y la batalla

en pro de nuevos estatutos va a tener que recomenzar; ésta durará aún decenas de años, durante los cuales el Opus vivirá jurídicamente en la provisionalidad y no publicará sus estatutos, con lo cual dará la impresión de que hay algún secreto detrás de todo esto.

¿Arcanos y enredos de juristas típicos de la iglesia romana? Es que lo jurídico es una de las fuerzas de esta iglesia a través de los siglos: es a fuerza de especificar las cosas como se las ayuda a durar. «La Obra» comienza a extenderse a través de las ciudades españolas y de Portugal. Los centros y los círculos de estudios se multiplican. El Opus Dei se dota de dos casas para los retiros y los seminarios: una cerca de Madrid, para mujeres, y la otra cerca de Segovia, para hombres. Este desarrollo sorprende poco a poco a España. Igualmente, la irrita. Afirmarse a la vez fuera del sistema del estado franquista y fuera de los movimientos clericales para laicos (Acción Católica, las «congregaciones» de los jesuitas)<sup>37</sup> es casi una insolencia, más aún cuando se trata de un éxito.

\*

Que este éxito se produzca en España no tiene más que ventajas. El país tiene mala prensa en el resto de Europa y en Estados Unidos. El año 1945 trajo la victoria aliada. El mundo libre se puso a mirar con mala cara a la España franquista, olvidando que no abrió sus fronteras a Hitler, quien quería tomar Gibraltar para cerrar el Mediterráneo. Lo que no se perdona es la ayuda militar que Franco recibiera de Berlín durante la Guerra Civil. En Occidente se levantan voces para pedir el derrocamiento del régimen de Madrid. Éste responde llamando al país a desafiar al resto del mundo mediante manifestaciones de masas, discursos inflamados y odas al *orgullo*<sup>38</sup> español. Es un bello espectáculo para los amantes de la tragedia, pero dejarse encerrar en la fortaleza del franquismo que iza el estandarte de «solos contra todos» será la peor de las situaciones para el Opus Dei, que se consagra por su parte al apostolado universal.

En el otoño de 1945 Escrivá recorre España más que nunca: Sevilla, Granada, Murcia, Valencia, Barcelona, Vitoria, Santiago de Compostela, Valladolid, Zaragoza, Pamplona, Ávila, Palencia, Salamanca... Se trata de convencer a los obispos de escribir a Pío XII para pedirle «que apruebe las constituciones del Opus Dei» dándole un estatuto de derecho pontificio.

Cuando esto se obtenga, el Opus dejará de ser solamente la Obra, una corriente espiritual española, para poder lanzarse al mundo bajo los colores del Vaticano.

### 3. 1949: crecer en Roma

El 28 de febrero de 1946, Álvaro del Portillo, brazo derecho de Escrivá, retorna al Vaticano. Su misión es la de plantar los primeros hitos para que el Opus sea un instituto «de derecho pontificio». Dicho de otro modo, que obtenga un estatuto romano. Para esto es necesario entrar en el laberinto, extraordinariamente lento y complicado, de la administración central de la Iglesia. No se entra allí sin recomendaciones. Del Portillo aporta consigo cartas de casi todos los obispos de España y de muchos obispos portugueses. Igualmente se lo pide a los cardenales extranjeros presentes en Roma. El de Colonia, Joseph Frings, le recibe y le escucha argumentar en latín (con acento español) para pedirle, a él también, una carta de recomendación, aunque este joven sacerdote tenga ya un buen fajo que acaba de sacar de su cartera... «*Sed insatiabiles estis!*»,<sup>39</sup> dice el cardenal, en latín, pero con acento alemán.

Es durante el mes de marzo cuando Álvaro del Portillo introduce por fin sus actas a los consultores de la congregación de los religiosos. Éstos constatan que el marco jurídico correspondiente a lo que desea Escrivá no existe. Un jerarca de la curia añade: «el Opus Dei llega a Roma con un siglo de adelanto».

Las «nuevas formas de vida cristiana» solicitadas desde hace ocho años<sup>40</sup> permanecen en estado de proyecto. Duermen «el sueño de los justos», constata del Portillo. El 24 de marzo se le explica que es necesario esperar.

No obstante, el 3 de abril, monseñor Montini<sup>41</sup> le facilita una entrevista con Pío XII. Ésta tiene lugar en español, que el papa italiano habla con un curioso acento de América del Sur. En los días que siguen el Papa solicita a la congregación de religiosos poner manos a la obra sobre el futuro estatuto de «las formas nuevas de la vida cristiana».

¿Han conseguido del Portillo y Montini desbloquear la situación? No completamente. La curia sigue siendo la curia... Los consultores suscitan una dificultad tras otra (por ejemplo: ¿cómo quieren ustedes reglamentar una obra femenina en el mismo marco que una obra sacerdotal?). Con alegría afirman que el asunto «progresa a una velocidad sorprendente», pero esto es más bien un lenguaje diplomático. Álvaro del Portillo observa que «todo va para largo».

En Madrid, Escrivá se consume de inquietud. Las cartas de del Portillo llegan con dificultad: el bloqueo internacional contra España se

traduce en el corte del correo y del teléfono, hay que confiar las cartas a los viajeros; se pueden enviar telegramas pero codificándolos si son confidenciales... Además, ¿qué puede decir del Portillo? «Me he deteriorado casi por completo», señala el 10 de junio, y le pide a Escrivá que venga a Roma.

Ya no hay enlace aéreo entre España e Italia. El fundador del Opus Dei va entonces a viajar por mar a pesar de su mal estado de salud: sufre de diabetes aguda. El 21 de junio de 1946 embarca en Barcelona en un barco de carga muy anticuado —el *J. J. Sister*— y atraviesa el Mediterráneo bajo una tempestad hasta Génova. Llega a Roma el 23 de junio.

Montini le acoge allí con la mayor cordialidad y se emprende la batalla. Es un combate de juristas entre Escrivá y los consultores romanos para lograr la definición exacta de los estatutos generales en que se va a inscribir el Opus Dei. Los laicos y los sacerdotes del Opus Dei, explica sin descanso, jamás serán religiosos, no vivirán como religiosos, no podrán ser comparados con los religiosos. No son elementos espirituales llamados a «penetrar» la sociedad; son hombres y mujeres que *forman parte* de la sociedad, de la que nunca se han separado y no tienen necesidad de penetrar ahí donde ya están. Las personas del Opus Dei son, pura y simplemente, *laicas*.

Los juristas de la curia se lanzan miradas. Así, el 16 de julio, José María Escrivá se encuentra con Pío XII y sale de la audiencia fortalecido. A continuación va a trabajar con el padre Larraona, jurista encargado de preparar el nuevo estatuto. Éste quedará asombrado por la experiencia: la energía de Escrivá es tal, nos contará, que «hemos efectuado en algunos meses el trabajo que sólo se hubiera acabado en varios años y aun el haberlo efectuado en sí». Es el parto (por cesárea) del marco jurídico de las «formas nuevas de vida religiosa», que no acababa de nacer desde 1938.

Escrivá encontró un término jurídico para designarlo: se les denominará «institutos seculares» al objeto de diferenciarlos claramente de las órdenes religiosas. El 24 de febrero de 1947 Pío XII ratifica un decreto que erige al Opus Dei como primer «instituto secular de derecho pontificio». Se ha dado el paso. La tierra entera se abre a los proyectos de José María Escrivá. En abril de 1949 el fundador se instala definitivamente en Roma.